

otros de los sables, como era natural, y empezar el derramamiento de sangre. Perseguida la tropa, se reúne y toma las armas. Dueño el ayuntamiento del directorio, al cual guardaba como en rehenes, le obliga á que mande orden á las tropas para que se retiren á sus cuarteles. El jefe de la fuerza del ejército obedece esta orden sin poner el menor reparo. Envalentonada la guardia nacional con este triunfo, fuerza por la noche al directorio á que dé orden á las tropas para que inmediatamente evacuen la ciudad y el departamento. Entónces forma en batalla en la plaza, y á cada instante ve aumentarse sus filas con los guardias nacionales que van llegando sucesivamente de todas las poblaciones inmediatas, armados de escopetas, de hoces y de rejas de arado. La tropa conoce que va á ser sacrificada irremisiblemente si no se aprovecha de las sombras de la noche para efectuar su retirada, y desocupa inmediatamente la ciudad en medio de los gritos de victoria de los realistas. El día siguiente fué una no interrumpida fiesta en la cual los realistas de la ciudad y los del campo celebraron el triunfo que habian obtenido fraternizando juntos. Todos los signos de la revolucion fueron insultados, hízose escarnio en público de la Constitucion, saqueóse completamente la sala en que celebraban sus sesiones los jacobinos, incendiáronse las casas de los principales miembros de aquel odioso club y se prendió á algunos de ellos. Sin embargo, la venganza no pasó más adelante. Contento el pueblo por los nobles y por el clero, no derramó ni una sola gota de sangre de sus enemigos.

VI

En tanto que la libertad se veía amenazada y humillada del modo que acabamos de ver en el Mediodía, en el Oeste tenía sus manos en la sangre de innumerables víctimas. Uno de los focos más ardientes del jacobinismo era Brest. Su inmediación á la Vendée le hacía temer una contrarrevolucion siempre amenazadora; la presencia de la escuadra, mandada aún por unos oficiales reputados por aristócratas, una poblacion flotante de extranjeros, de aventureros y de marineros, accesible por sus vicios y por la clase de gente de que se componía á toda especie de corrupcion y siempre dispuesta á cometer los crímenes más atroces, todas estas causas reunidas hacian que aquella ciudad fuese la más inquieta y que estuviese en mayor agitacion que ninguna otra del reino. Los clubs no cesaban de incitar á los marinos á que se insurreccionasen contra sus oficiales. Los revolucionarios desconfiaban de la marina, cuerpo al cual por su independencia no es tan fácil comprometer á tomar parte en los movimientos populares como al ejército de tierra. La corte podía disponer de la marina como mejor le conviniese y volver sus cañones contra la Constitucion. El espíritu de disciplina, el aristocrático y el colonial, todos eran igualmente contrarios á los nuevos principios. Así es que hacía ya mucho tiempo que todos los esfuerzos de los jacobinos tendian constantemente á introducir el desorden y procurar la desorganizacion de la escuadra. El nombramiento de Mr. de Lajaille para el mando de uno de los buques destinados á ir á socorrer á Santo Domingo aumentó las sospechas que tenía el pueblo de Brest de la fidelidad de los oficiales de marina, y fué causa de que estallase la insurreccion. Los clubs designaban á aquel valiente marino como un traidor que iba á efectuar la contrarrevolucion en las colonias. Asaltado en el momento de su embarque por un grupo de más de tres mil personas, vióse muy pronto cubierto de heridas, y arrastrado

en seguida por las calles, pudo libertar su vida merced á la heroica decision de un hombre del pueblo que le escudó con su cuerpo y le arrancó de manos de sus asesinos, dando tiempo á que llegase un destacamento de la guardia cívica que sacó á entrambos de las garras de la muerte. Mr. de Lajaille fué llevado á la cárcel para satisfacer de este modo el furor del populacho. Inútil fué que el rey mandase una orden á la municipalidad de Brest para que dispusiese que aquel inocente oficial volviese á desempeñar sus funciones; inútil la peticion del ministro de Justicia para que se castigase aquel asesinato, cometido en medio del día á presencia de toda la ciudad; inútil también el haber decretado un sable y una medalla de oro al generoso Lanvergent, que era el ciudadano que habia salvado los días de Lajaille: el temor de otra nueva insurreccion más terrible que la anterior aseguraba la impunidad de los criminales y retenia en la prision al inocente. En vísperas de una guerra inminente, los oficiales de marina, asaltados á bordo por la insurreccion, y en los puertos por el asesinato, tenían tanto que temer del pueblo y de las tripulaciones de los buques como de sus mismos enemigos.

Procurábase fomentar iguales discordias en todas las guarniciones entre los oficiales y la tropa. La insubordinacion de ésta era á los ojos de los clubs la virtud principal del ejército. Los oficiales se veian amenazados continuamente por las conspiraciones de los regimientos. Las ciudades fortificadas eran un teatro continuo de sublevaciones militares, que siempre terminaban por la impunidad del soldado y por la prision ó por la emigracion forzada de los oficiales. La Asamblea, juez supremo y parcial, daba constantemente la razon á la indisciplina. No pudiendo refrenar al pueblo, le halagaba en sus excesos. En Perpiñan se vió otro ejemplo de lo que vamos diciendo.

En la noche del 6 de Diciembre, los oficiales del regimiento de Cambresis, que estaba de guarnicion en aquel punto, fueron en corporacion á casa de Mr. de Chollet, comandante general del distrito, á instarle á que se retirase á la ciudadela, porque estaban informados de que se tramaba una conspiracion en los regimientos, en la que, á llevarse á cabo, podía peligrar su vida. Vencido por las instancias de la oficialidad, consintió el general en trasladarse á la ciudadela. Los oficiales se presentaron entónces en los cuarteles é intimaron á la tropa la orden de trasladarse con ellos inmediatamente á dicha fortaleza. Los soldados contestaron que no obedecerian otra voz que la de Mr. Desbordes, cuyo patriotismo les inspiraba la más completa confianza. Este llegó en aquel mismo instante y leyó á la tropa la orden del general; pero en su acento, en la expresion de su semblante y en su mirada conoció aquélla que su teniente coronel protestaba tácitamente contra la orden que la ley de la disciplina le obligaba á comunicar. Los soldados comprendieron perfectamente aquel lenguaje mudo. En seguida empezaron á gritar diciendo que no querian salir del cuartel, porque estaban destinados allí por el ayuntamiento. La guardia nacional se unió á los soldados, y juntos empezaron á patrullar por la ciudad. Los oficiales se encerraron todos en la ciudadela. Entónces empieza el fuego desde las murallas, y el teniente coronel Desbordes, á la cabeza del regimiento y acompañado de la gendarmería y de la guardia nacional, sube á la ciudadela y se apodera de ella. Los oficiales de Cambresis quedan prisioneros; sólo uno logra escaparse, y éste, desesperado por lo que habia sucedido, se levanta la tapa de los sesos muy cerca ya de la frontera de España. Extiéndese en seguida el acta de acusa-

ción contra el desgraciado general Chollet y cincuenta oficiales más, los cuales son remitidos al tribunal nacional de Orleans. Estos denodados guerreros fueron otras tantas víctimas predestinadas desde aquella noche á la matanza de Versalles.

Derramábase sangre en abundancia por todas partes. Las mociones patrióticas, las denuncias contra los generales, y mil insinuaciones pérfidas contra la fidelidad de los oficiales, era la órden del día que recibia el ejército de los habitantes de las ciudades. El alma del oficial estaba llena de terror; en el corazón del soldado se abrigaba la más suspicaz desconfianza. El plan combinado entre girondinos y jacobinos reunidos consistia en desorganizar aquellas fuerzas tan adictas ántes al rey, y en reemplazar los antiguos oficiales, todos ellos nobles, con jóvenes de la clase plebeya; lo cual equivalia á poner el ejército á la disposición de lo que entónces se llamaba nacion. Entre tanto, le entregaban á la sedicion y á la anarquía. Mas viendo aquellos dos partidos que la desorganizacion del ejército no era aún tan rápida como ellos se habian prometido, quisieron resumir en un solo acto la corrupcion sistemática del ejército, la ruina completa de la disciplina y el triunfo legal de la insurreccion.

Ya hemos visto la parte que tomó el regimiento suizo de Chateauvieux en la famosa insurreccion de Nancy, en los últimos días de la Asamblea constituyente, y que habia sido preciso enviar allí todo un ejército, mandado por Mr. de Bouillé, para sofocar la sublevación armada de varios regimientos que amenazaban á Francia con la tiranía de una soldadesca desenfrenada. Este general, á la cabeza de un cuerpo de tropas escogidas que habia tomado en Metz y de algunos batallones de la guardia nacional, habia circunvalado á Nancy, y despues de un ataque encarnizado en las mismas puertas de la ciudad, habia logrado por fin desarmar á los sediciosos. Este modo tan vigoroso de restablecer el órden habia sido aplaudido entónces por todos los partidos, y habia cubierto de gloria al general y de vergüenza á los soldados amotinados. Suiza, en sus capitulaciones con Francia, se habia reservado el derecho de juzgar á los soldados de su nacion segun las leyes federativas. Este país, esencialmente militar, habia hecho juzgar militarmente al regimiento de Chateauvieux. Los veinticuatro soldados motores del alboroto fueron condenados á muerte y ejecutados inmediatamente en expiacion de la sangre vertida por ellos y de la fidelidad violada. Los demas fueron diezmadados, y cuarenta y uno enviados á las galeras de Brest. La amnistia concedida por el rey á todos los crímenes políticos que se habian cometido durante las discordias civiles no podia aplicárseles de derecho á estos soldados extranjeros. El derecho de perdonar no compete sino al que tiene el de castigar. Sentenciados aquellos soldados por la jurisdiccion helvética, ni el rey ni la justicia podian invalidar aquel juicio ni anular sus efectos. El rey, á instancias de la Asamblea, habia pedido, sin embargo, aunque en vano, á la Confederacion suiza que concediese el perdon á aquellos infelices.

Esta infructuosa negociacion sirvió de texto á los jacobinos y á la Asamblea nacional contra Mr. de Montmorin. En vano trató éste de justificarse, alegando la imposibilidad de obtener semejante amnistia de Suiza, precisamente en una época en que, agitado tambien aquel país, trataba de restablecer la subordinacion por medio de unas leyes draconianas. «¡Con que nos veremos forzados—decian Collot-d'Herbois y Guadet—á servir de carceleros de ese pueblo feroz! ¡Se envilecerá Francia hasta el punto de castigar en sus puertos á esos héroes que han hecho

triunfar al pueblo de la aristocracia de los oficiales, y dado su sangre por ese mismo pueblo, en vez de vendérsela al despotismo!»

Pastoret, miembro influyente del partido moderado, y que nada hacia, segun se decia, sin consultarlo con el rey, apoyó á Guadet con la mira de popularizar al príncipe por medio de un acto que fuese bien recibido de todo el mundo, y la Asamblea nacional votó que los soldados de Chateauvieux fuesen puestos en liber-



Leopoldo, emperador de Alemania.

tad. El rey dilató un cuanto tiempo el sancionar aquel decreto, por evitar que los cantones se resintiesen en vista de aquella violenta usurpacion de sus derechos. Al ver esta dilacion, los jacobinos volvieron á prorrumpir en amenazas contra la corte y contra los ministros. «Ha llegado el momento—exclamaba Manuel—en que es preciso que muera un hombre por la salvacion de todos los demas. ¡Este hombre debe ser un ministro! Todos ellos me parecen tan culpables, que creo firmemente que la Asamblea nacional no debia tener el menor remordimiento aún cuando mandase que todos ellos sortearan entre sí para enviar al patíbulo uno solo.» «¡A todos! ¡a todos!»—gritaban las tribunas.

En el momento de mayor efervescencia subió Collot-d'Herbois á la tribuna, y anunció en medio de las más estrepitosas aclamaciones que el día ántes habia sancionado el rey el decreto en que se mandaba poner á los suizos en libertad, y que

no tardaría muchos días en presentar á sus hermanos aquellas víctimas de la disciplina.

En efecto, los suizos de Chateaufieux que estaban en las galeras de Brest venían ya marchando hácia París. Su marcha fué un triunfo continuado, y los jacobinos de París les preparaban otro más brillante aún. En vano los fuldenses y los constitucionales protestaban enérgicamente por medio de Andres Chenier, moderno Tyrteo de la moderación y del buen sentido, y por boca de Dupont de Nemours y del poeta Roucher, contra la ovación que se quería tributar á los asesinos del general Desilles; Collot-d'Herbois, Robespierre, los jacobinos, los franciscanos y hasta el Común de París persistían tenaces en la idea de aquel triunfo, que según ellos decían, debía servir para cubrir de oprobio á la corte y al general Lafayette. La débil interposición de Petion, que parecía querer moderar el escándalo, no hacía sino aumentarlo. Este hombre era el más á propósito para arrastrar al pueblo á los mayores excesos. Su aparente virtud sólo servía para encubrir todas las violencias, y para adornar con una apariencia de legalidad los atentados que no se atrevía á castigar. Si se hubiese tratado de personificar la anarquía para introducirla en la municipalidad de París, difícilmente se hubiera hallado otro hombre más adecuado que Petion para desempeñar semejante encargo. Sus correcciones paternales al pueblo eran otras tantas promesas de impunidad. La fuerza siempre llegaba tarde para castigar, siempre había una excusa preparada para disculpar la sedición, y jamás faltaba una amnistía para el crimen. El pueblo veía en su magistrado un cómplice de sus excesos y un esclavo de sus caprichos. Si el pueblo apreciaba algo en él, era la libertad que tenía para mirarle con el más alto desprecio.

VII

«La fiesta que se está preparando para recibir á esos soldados,—escribía Chenier,—quieren decir que es hija del entusiasmo general. Confieso desde luego que yo no veo ese decantado entusiasmo. Únicamente veo un corto número de hombres que se agitan mientras todos los demás están consternados ó permanecen indiferentes. Dicen que el honor nacional está interesado en esta reparación, pero á mí me cuesta mucho trabajo el entenderlo así; porque á mi modo de ver, en este negocio no hay sino dos caminos que escoger: ó los guardias nacionales de Metz, que apaciguaron la sedición de Nancy, son unos enemigos de la causa pública, ó los soldados de Chateaufieux son unos asesinos. Aquí no hay término medio. Ahora, ¿en qué interesa al honor de París el festejar á los asesinos de nuestros hermanos? Hay también otros políticos profundos que dicen: «Esta fiesta humillará á los que han querido cargar á la nación de cadenas». ¡Cómo!... ¡Para humillar á lo que ellos llaman un *mal gobierno* es preciso inventar unas extravagancias capaces de destruir toda especie de autoridad! ¡Es indispensable recompensar á los que se rebelan contra las leyes, y coronar á unos satélites extranjeros por haber fusilado en un motín á una porción de ciudadanos franceses! Dicen que se cubrirán con un velo todas las estatuas que hay en las plazas por donde han de pasar esos hombres. ¡Ah! Si esta odiosa orgía llega á verificarse, harán bien en cubrir con un crespon fúnebre, no las imágenes de los déspotas, sino los rostros de los hombres de bien. Lo que deben hacer, tanto la juventud como todos los guardias naciona-

les del reino, es vestirse de riguroso luto en un día en que el degüello de sus hermanos se convierte entre nosotros en un título de gloria para unos soldados sublevados y extranjeros además; á quien debe tapársele los ojos es al ejército, para que no vea el premio que se da aquí á la indisciplina y á la sublevación militar. La Asamblea nacional, el rey, los empleados y la nación entera son los que deben taparse la cara para no ser testigos silenciosos ó condescendientes de un ultraje hecho á toda autoridad constituida y también á toda Francia. Lo que más interesa cubrir es el libro de la ley, cuando se tributan los honores cívicos á unos hombres que han desgarrado sus páginas á bayonetazos. ¡Ciudadanos de París, hombres honrados á pesar de vuestra debilidad!... ¿No hay uno entre todos vosotros que, preguntando á su conciencia y á su buen sentido, no conozca cuán grave es la injuria que se le hace á él, á sus hijos, á sus hermanos y á la patria, ultrajando con hechos tan escandalosos á las leyes, á los que las ejecutan y á los que mueren por defenderlas? ¿Cómo no os avergonzáis de que un puñado de hombres, que parecen muchos porque están unidos y porque gritan, os impongan su voluntad diciendo que es la vuestra, y divirtiendo vuestra pueril curiosidad por medio de indignos espectáculos? En cualquiera ciudad que se respetase á sí misma, una fiesta de semejante naturaleza no hallaría otro eco que un silencio parecido al del sepulcro. No se verían en ella sino plazas y calles desiertas, casas cerradas, ventanas donde nadie se asomase; y unido todo esto al desprecio de los que se encontrasen por casualidad en la calle, haría conocer por lo ménos á la posteridad la parte que habían tomado los hombres de bien en esta bacanal escandalosa é indecente.»

Collot-d'Herbois respondió á este escrito insultando á Chenier y á Roucher. Este último le devolvió el insulto recordando á Collot-d'Herbois las caídas que había dado en su carrera dramática y todos sus contratiempos como histrion. «Este personaje de comedia,—decía,—que desde las tablas del teatro ha saltado á la tribuna de los Jacobinos, se ha echado sobre mí como si quisiese pegarme con los remos que le han traído los suizos de galeras.»

Los pasquines en pro ó en contra de la fiesta eran innumerables, sobre todo en las paredes del Palacio Real, adonde acudían alternativamente á desgarrarlos grupos de jóvenes ó de jacobinos. Dupont de Nemours, amigo y maestro de Mirabeau, olvidando por un momento la calma filosófica en que vivía, escribió una carta á Petion, en la cual la conciencia del hombre de bien desafiaba heroicamente la popularidad del tribuno. «Cuando el peligro es grande,—decía,—el hombre honrado está en el deber de señalárselo á los magistrados, sobre todo si son ellos mismos los que le promueven. Habéis faltado á la verdad cuando habéis dicho que esos soldados habían sido útiles á la revolución el 14 de Julio y que no habían querido batirse contra el pueblo de París. Esto es absolutamente falso. Lo que es muy cierto es que ellos son los que han asesinado á los guardias nacionales de Nancy. Vos habéis tenido la audacia de llamar patriotas á unos hombres que tienen la insolencia de mandar al Cuerpo legislativo que envíe una diputación á la fiesta inventada para honrar á esos rebeldes; estos hombres son los que vos elegís por amigos, y con los que vais á comer secretamente á la Rapée, y en tanto el general de la guardia nacional de París se ve obligado á andar galopando dos ó tres horas por las calles de la ciudad para recibir vuestras órdenes, y no puede dar con vos en ninguna parte. En vano tratáis de ocultar vuestra turbación bajo frases pompo-

sas y vacías de sentido; en vano tratais de ocultar bajo la apariencia de una fiesta celebrada en obsequio de la libertad esa fiesta que vais á dar en honor de unos miserables asesinos. Estos subterfugios son ya conocidos de todo el mundo. La cosa urge: ya no engañareis ni á las secciones, ni al ejército, ni á los ochenta y tres departamentos. Los que os conducen como á un niño, tienen la intencion de entregar Paris á diez mil picas, á las que debe abríseles la barra de la Asamblea el mismo día en que la guardia nacional sea desarmada. Los hombres á quienes han de entregarse aquellas picas van llegando á Paris todos los días, y cada veinticuatro horas entran en la ciudad de mil á mil quinientos de estos bandidos. Interin llega la hora del saqueo, andan pidiendo limosna, y son como los cuervos, á quienes el olor de la carne atrae al campo de batalla. No lo he dicho todo: hasta están nombrados los generales que han de mandar este horroroso ejército. Los amigos de Jourdan, impacientes al ver que la amnistía no le libertaba tan pronto como ellos apetecian, han forzado la cárcel de Aviñon y le han puesto en libertad. Ya se le ha recibido en triunfo en algunas ciudades del Mediodía, á la manera que va á recibirse aquí á los suizos de Chateaufieux. Mañana mismo llega á Paris. El domingo asistirá á la fiesta con sus compañeros, con los dos Mainvielle, con Pegtavin y con todos los demas malvados que á sangre fria han asesinado en una noche sesenta y ocho personas indefensas, violando las mujeres ántes de degollarlas. ¡Catilina! ¡Cetego! ¡Corred! ¡Los soldados de Sila están dentro de la ciudad, y el mismo consul trata de desarmar á los romanos! ¡La medida está tan llena, que se vierte!»

Petion contestó justificándose, pero su defensa fué tan miserable, que bajo la multitud de excusas que aglomera en su escrito para vindicarse se descubren su debilidad y connivencia. En estos momentos sube Robespierre á la tribuna de los Jacobinos y exclama: «Vosotros no remontais á la verdadera causa de los obstáculos que se suscitan á la expansion de los sentimientos del pueblo. ¿Contra quién creéis que habeis de luchar? ¿Contra la aristocracia? No. ¿Contra la corte? Tampoco. Con quien teneis que habéros las es con un general destinado por la corte hace mucho tiempo para ejecutar grandes cosas contra el pueblo. No es la guardia nacional la que ve con inquietud los preparativos que estais haciendo, sino el genio de Lafayette que conspira en el estado mayor, en el directorio de Paris y en toda la capital; éste es el que extravía á una multitud de buenos ciudadanos, que á no ser por él, estarían seguramente con nosotros. Lafayette es el más peligroso entre todos los enemigos que tiene la libertad, porque se cubre con la máscara del patriotismo; él es quien, despues de haber hecho todo el mal que le ha sido posible en la Asamblea constituyente, ha fingido que se retiraba á sus tierras; pero al poco tiempo ha vuelto á Paris á intrigar, con motivo de estar vacante el destino de corregidor; mas no creais que haya venido á intrigar por obtenerle, no: ha venido por renunciarle; con lo cual ha hecho creer á los tontos en su desinterés. El es el que llegó á obtener el mando de los ejércitos franceses, para que los volviese contra la revolucion en cuanto se presentó coyuntura de poder hacerlo. Los guardias nacionales de Metz estaban tan inocentes como los de Paris; ellos no pudieron ménos de ser patriotas. Lafayette fué quien los engañó sirviéndose para ello de Bouillé, cómplice y pariente suyo. Pero ¿podrémos escribir en las banderas de aquella fiesta sólo Bouillé es el culpable? ¿Quién es el que quiso sofocar el atentado de Nancy y cubrirle con un velo impenetrable? ¿Quién el que pide coronas para los asesinos

de los soldados de Chateaufieux? Lafayette. ¿Quién me impide á mí hablar? Lafayette. ¿Quiénes son los que me dirigen unas miradas centelleantes y amenazadoras? Lafayette y sus cómplices.» (*Aplausos generales*).

VIII

Los preparativos de aquella fiesta dieron lugar á otra escena más interesante y tierna en la Asamblea constituyente. Al abrirse la sesion, se pidió que los cuarenta soldados de Chateaufieux fuesen admitidos en el salon de las sesiones. Mr. de Jaucourt se opuso á ello. «Si estos soldados—dijo—no se presentan aquí sino para



Muerte del emperador Leopoldo.—Pág. 304.

manifestar su reconocimiento, consiento en que sean introducidos á la barra; pero pido que despues que se les haya oido, no se les permita permanecer aquí durante la sesion. (*Un murmullo general y los gritos de «¡abajo!» que salian de las tribunas interrumpen al orador*). Una amnistía—prosiguió—no es un triunfo ni una corona cívica. Vosotros no podeis deshonrar los manes de Desilles ni los de aquellos generosos ciudadanos que han muerto á manos de esos mismos soldados, peleando en defensa de las leyes. Vosotros no debeis hacer que se parta de dolor el corazon de los hombres que han tomado parte en aquel acontecimiento, de los cuales hay alguno entre vosotros, y no podeis ménos de confesar que conceder el triunfo que se solicita equivale á insultarlos, sin que os hayan dado otro motivo para ello que el haber cumplido con su deber. Permitid á un militar que fué á aquella expedicion con su regimiento que os haga presente el efecto que produciria vuestra decision en el ejército. (*Nuevos murmullos*). Este no verá en vuestra conducta sino una proteccion directa concedida gratuitamente á la insubordinacion. Los honores que tratais de dar á estos soldados darán á entender que no los mirais